

Teniendo en cuenta todo esto, es poco menos que inútil disertar acerca de los mejores medios para lograr cuanto antes la realización de nuestros emancipadores propósitos.

Trabajo, movimiento, ciencia. He aquí todo lo que se necesita.

Bien impuestos de la decisiva potencia de la ley del progreso, sólo nos

resta examinar cuáles son los fundamentos en que ha de asentarse el nuevo edificio social más conforme con la Naturaleza y la Ciencia y que mejor garantice el bienestar humano, lo que constituirá la tercera y última parte de nuestro trabajo, que dejaremos para otro día.

A. PELLICER PARAIRE

PÁGINAS LITERARIAS

Higiene social

No hay que pensar con tanta amargura de los hombres—me dijo mi buen amigo. No crea usted que sólo saben ser malos. En el fondo de las conciencias más negras se ve relampaguear á veces esa alma que á tantos hombres ha hecho grandes. Y luego? Vaya usted y viva entre el pueblo y verá á muchas de esas gentes que le son indiferentes ó que le producen lástima, efectuar actos admirables que hacen pensar en Jesús, en Vicente de Paúl. Y allí no hay artificio, ni el cálculo que sin quererlo ponemos nosotros *los leídos* en nuestros buenos actos. Son divinamente espontáneos. ¿Sabe usted en qué pienso al sentir sus bellas acciones? En esas preciosas y delicadas orquídeas que florecen sobre la corteza dura y arrugada de los grandes árboles de nuestros bosques.

Le contaré algo que acabo de presenciar en estos días; algo que quizá Tolstoi no hubiera desdeñado para una de sus historietas. Oiga usted.

Teníamos en casa una sirvienta, una humilde muchacha del pueblo. No es bella, pero emana de su persona tal dulzura que no es posible vivir á su lado sin quererla. Me gustaba verla trajinar por la casa con su sonrisa suave; me hacía el efecto de una fuente-cilla de agua clara, de esas que corren sin murmullos y que llevan consigo su fresca silenciosa.

Más tarde, con gran admiración mía, supe que vivía con un hombre muy vulgar, un tratante de caballos, borra-

cho y grosero. Un día me contaron la había maltratado y yo la pregunté que si lo amaba tanto que sus ultrajes no bastaban para que ella procurara alejarse de él. No, amarlo, no—me contestó. Antes sí, él no bebía. Ahora lo que le tengo es lástima. Pobrecillo!—añadió tristemente. ¿Qué haría sin mí? Soy el único ser que en este mundo le quiere un poco.

No repliqué nada porque pensé que en la vida grosera de aquel hombre quizá la sola cosa agradable y limpia con que tropezarían sus ojos, sería con la figura dulce de esta mujer. La sonrisa cariñosa de ella, fué para mí, en la vida de él, como una flor que hubiera nacido sobre el fango! ¿A qué cortarla?

No porque ella creciese sobre el lodo dejaba de ser flor. Y luego era tan caritativa y suave la seda de sus pétalos brotando sobre aquella negrura!... En semejante sitio su humilde hermosura me parecía de más realeza que la de la más bella rosa que creciese en un jardín cerrado. Había tanta misericordia en sus palabras: «qué haría sin mí? Soy el único ser que en este mundo le quiere un poco!...»

Una tarde al regresar de mi trabajo no la encontré en casa y me contaron se había ido enferma. Una semana después supe que seguía mal. Me decidí á ir á verla. Vive en una habitación muy pequeña é incómoda. La encontré en el lecho, con fuerte calentura, pero al verme me saludó con su dulce son-